

DANZANDO CON EL VIENTO

Seudónimo: Freya

Las noticias se esparcieron como brasas danzando al viento, prendiendo fuego en los corazones de quienes aún soñaban con la libertad. Venían desde el sur, cruzaban los vastos campos de Hispania, la tierra de los conejos, y se dirigían a la misma madriguera, Roma. Aníbal el cartaginés, el hijo de Amílcar Barca, avanzaba con su ejército, desafiando altas montañas y ríos.

Lleno de confianza, estrategia y valor, decían que buscaba hombres dispuestos a luchar contra la opresión romana, a empuñar la ardiente espada contra aquellos que imponían su lengua, su fe y sus costumbres sobre las tierras conquistadas. Aquel destello de esperanza bastó para encender nuestras almas y empujarnos al camino. Desde Pompelón partimos, atravesando el norte de Osca, hasta encontrarnos con su ejército en los Pirineos, dispuestos a jurar lealtad a su causa.

Sabíamos que nos uniríamos a una marea de guerreros y caballos de guerra, los más fuertes de Mauritania. Pero lo que nuestros ojos vieron nos dejó sin aliento: cuarenta gigantes de piel rugosa y colmillos de marfil marchaban por los empinados senderos. Elefantes, bestias traídas de tierras lejanas, cuyo solo paso hacía temblar la tierra.

La ruta elegida nos llevó a enfrentar los colosos de piedra y hielo, los Alpes, donde las montañas parecían susurrar advertencias con su aliento gélido. Muchos pueblos galos se cruzaron en nuestro camino; algunos se unieron a nuestra marcha, otros fueron silenciados bajo nuestro avance implacable. Pero no eran solo los enemigos los que caían. El invierno, cruel y despiadado, cobró su tributo. Amigos, caballos, incluso algunos de los imponentes elefantes cayeron al viento gélido. La nieve fue teñida con la sangre de aquellos que no lograron resistir.

Pero la primavera llegó, con Roma ante nosotros. Y entonces, la Segunda Guerra Púnica comenzó. Las tres primeras fueron fáciles, Tesin, Trebia y Trasimeno; cada batalla nos hacía sentir más invencibles, cada victoria nos llenó de poderío. Creíamos que nada ni nadie podría detenernos, confiábamos en que los dioses nos llevaban a ganar a aquellos que nunca habían sido derrotados. Y entonces llegó Cannas. Allí, bajo el sol abrasador, la batalla se convirtió en una pesadilla. Vi a mis hermanos caer uno a uno, sentí la tierra temblar con los gritos de agonía, los gigantes de piel rugosa estaban alterados. Durante horas, el campo se convirtió en un mar de muerte. Pero, cuando la sangre dejó de fluir por la hierba, nos dimos cuenta de lo que habíamos logrado. Roma estaba

herida. Su juventud, su nobleza, sus defensores yacían sobre la tierra, de donde habían salido. En su desesperación, la ciudad recurrió a antiguos ritos, ofreciendo sacrificios humanos para apaciguar a sus dioses.

Pero la gloria es corta. Capua, nuestra aliada, cayó. Hispania, donde mis cenizas deberían de ser llevadas, fue recuperada por los romanos. Y el hermano de Aníbal, nuestro valiente general, fue ejecutado mientras buscaba la salvación huyendo de mis tierras. Su cabeza, entregada en bandeja brillante, fue enviada como mensaje cruel a su propio hermano. El destino y la furia romana nos empujaba hacia la perdición.

Nos vimos acorralados en el sur de la península, sin esperanza ni escapatoria. Los romanos nos encontrarían muy rápido si intentábamos huir por mar, pues su flota era inigualable; esa era la razón por la que Aníbal el Cartaginés decidió recorrer las montañas y no cruzar el mar. Yo, sin embargo, poseía la lengua de nuestros enemigos. Aprendida como castigo, el latín se convirtió en mi salvación. Herido mi honor, pero impulsado por un deseo doloroso de volver a ver a mis hijas, me mezclé entre los locales, evitando así el destino de mis camaradas. Sobreviví, pero a costa de un peso que nunca podré dejar atrás.

Hoy, con la cera de esta tablilla como testigo, dejo escrita la historia del más grande de los estrategas, del ejército que desafió al mundo y de los elefantes que cruzaron los Alpes para aterrorizar a Escipión el Africano. Pero Roma nunca pierde. Dos imperios no pueden compartir el mismo sol, y el cartaginés cayó en la sombra de la resplandeciente Roma.

¿Qué habría sido del mundo si Aníbal hubiera triunfado? Nunca lo sabremos, hablaríamos fenicio, posiblemente. Quizás ellos también hubiesen impuesto sus costumbres, como el Imperio Romano. Y ahora, tras reencontrarme con mi familia, he tomado mi decisión. Me entregaré al ejército romano, pues tarde o temprano, su gran ojo me encontrará.

Que me juzguen, que me condenen. Que mi destino se grite y mi cabeza sea ajusticiada. Pero si alguien lee estas palabras, en el futuro, que entienda una verdad incuestionable. Una que escuché a alguien decir hace un tiempo, cuando mi cabello no era grisáceo y mis ojos estaban llenos de vida.

En la guerra no hay vencedores ni perdedores. Solo hay supervivientes y fantasmas. Esa gloria a la que tú aspiras te quitará el brillo que ahora tienes. Pues al apagar a los demás, el fuego se desvanece y solo quedan tus brasas, danzando con el viento.